

Muerta pero no enterrada: Hannah Dustan y la creación de una comunidad norteamericana de memoria

Dead but not buried: Hannah Dunstan and the creation of a North-American community of memory

Elena Ortells Montón

Universitat Jaume I de Castelló. ortel@ang.uji.es

Recibido: 18.07.2019. Aceptado: 01.09.2019

Resumen: Apresada por un grupo de indios abenakis, el 15 de marzo de 1697, Hannah Dustan presenció el asesinato de su bebé a manos de sus captores y sufrió todo tipo de torturas físicas y psicológicas. Ante el temor a padecer mayores tormentos a su llegada al campamento al que eran conducidos, la mujer asesinó a sus captores y les arrancó las cabelleras. Considerada por muchos como “madre de la historia norteamericana”, Dustan ha sido incluso tildada por otros de asesina de indios. Las múltiples versiones de su experiencia evidencian cómo los mitos nacionales femeninos y sus víctimas nativas se pusieron al servicio de una retórica política que justificó la colonización y el expansionismo norteamericanos y que promovió fórmulas patrióticas claramente basadas en la superioridad masculina y el supremacismo blanco que parecen haber resurgido durante la presidencia de Donald Trump.

Palabras clave: muertos; memoria; Dustan; patriotismo; norteamericano.

Abstract: Abducted by a group of Abenaki Indians, on March 15, 1697, Hannah Dustan witnessed the murder of her baby at the hands of their captors and suffered all kinds of physical and psychological abuse. Fearing that they would suffer greater torments when arriving at the Indian camp, the woman murdered her abductors and scalped them. Considered by many as “mother of American history”, Dustan has been regarded by others as an Indian killer. The multiple versions of her experience show how female national myths and their native victims were put at the service of a political rhetoric that justified American colonization and expansionism and promoted patriotic formulas clearly based on male superiority and white supremacism that seem to have resurfaced during Donald Trump’s presidency.

Keywords: the dead; memory; Dustan; patriotism; North-American.

» Ortells Montón, Elena. 2019. “Muerta pero no enterrada: Hannah Dustan y la creación de una comunidad norteamericana de memoria”. *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXIV: 37-54. doi: 10.7203/qdfed.24.16329

The dead make civilization on a grand and an intimate scale, everywhere and always: their historical, philosophical, and anthropological weight is enormous and almost without limit and compare. As such, death and the dead may not have a history in the usual sense but only more and more iterations, endless and infinitely varied, that we shape into an engagement with the past and the present
(Lacqueur, 2015: 11-12)

A unos dieciséis kilómetros al norte de Concord, en Boscawen, New Hampshire, se encuentra una estatua que, cuando fue erigida en 1874, constituyó el primer homenaje a una figura femenina en los Estados Unidos de América. Esta escultura muestra a una mujer blanca sosteniendo en su mano derecha un hacha de guerra y, en la izquierda, un manojo de cabelleras (Fig. 1). Cuatro años más tarde, en 1879, se levantaba en Haverhill, Massachusetts, una talla similar, aunque desprovista de aquellos trofeos. La mano izquierda que los sostenía en New Hampshire, sin embargo, parecía cernirse amenazadora sobre las ausentes guedejas de sus víctimas (Fig. 2). Ambos monumentos evocan un controvertido episodio en la historia norteamericana. Se trata de uno de los relatos que más significativamente ha contribuido a la definición de la identidad nacional y cultural de los Estados Unidos: el cautiverio y liberación de Hannah Dustan.

Apresada junto a Mary Neff, su matrona, y una hija recién nacida, por un grupo de indios abenakis, el 15 de marzo de 1697, Hannah Dustan presenció el asesinato de su bebé a manos de sus captores y sufrió todo tipo de torturas físicas y psicológicas. Ante el temor a padecer mayores tormentos a su llegada al campamento al que eran conducidos, la mujer, con la ayuda de la matrona y de Samuel Leonardson, un joven inglés a quien los indios también habían aprehendido pocos meses antes, asesinó a sus captores (entre los que se encontraban seis niños) y les arrancó las cabelleras, obteniendo a cambio una generosa recompensa de manos del coronel Nicholson, gobernador de Maryland.

Considerada por muchos como “la madre de la historia norteamericana” (Hesford, 1977: 521) y ensalzada como símbolo de identidad nacional (Toulouse, 2007; Cutter, 2008), Dustan ha sido denostada por otros tantos e incluso tildada de asesina de indios (Arner, 1973).



Fig. 1. Estatua de Hannah Dustan en Boscawen, New Hampshire



Fig. 2. Estatua de Hannah Dustan en Haverhill, Massachusetts

Desde la época colonial hasta la actualidad, este legendario episodio ha sido recreado en numerosas ocasiones por historiadores, cronistas, escritores y la presencia de su protagonista en la cultura popular contemporánea ha sido una constante. Así, es posible encontrar referencias a este suceso en los diarios de tres residentes de Massachusetts como el reverendo de Dover John Pike, John Marshall y el juez Samuel Sewall (1697). También el clérigo puritano Cotton Mather elaboró diferentes versiones de esta gesta entre 1697 y 1702¹, siendo la más renombrada la titulada “Una hazaña notable: *Dux Faemina Facti*” (1702)², que incluyó en su *Magnalia Christi Americana* y que sirvió de inspiración a autores posteriores. Entre los escasos ecos de esta leyenda encontrados en el siglo XVIII destaca un fragmento de los *Travels Through America* (1778) del soldado y viajero Jonathan Carver. Tras haber conseguido la independencia política de la metrópolis, los nuevos ciudadanos comenzaron a escarbar en su pasado histórico en un intento de definir los

¹ Los títulos de las diferentes versiones son los siguientes: *Humiliations Follow'd with Deliverances* (1697), *Decennium Luctuosum* (1699), y la más famosa, *Magnalia Christi Americana* (1702).

² Literalmente, “mujer cabezalla en la hazaña”. De ahí, heroína.

rasgos caracterizadores de la joven nación norteamericana y la figura de esta mujer, Hannah Dustan, cuyas violentas actuaciones transgredían claramente el orden tradicionalmente establecido por la hegemónica ortodoxia puritana de la época en cuestiones de género y raza, resultaba extraordinariamente atractiva. Esto explica la recurrencia de este mítico personaje en los escritos de historiadores y artistas del siglo XIX. Timothy Dwight, miembro de un grupo de poetas y ensayistas conocidos como los “ingenios de Connecticut”, evoca en la carta XXXIX de sus *Travels in New England and New York* (1821-22) el ataque al asentamiento de Haverhill, la captura de Dustan por los indios y su “intrépida” reacción. En «La venganza de una madre» (*Legends of New England* (1831)), John Greenleaf Whittier recurre a la maternidad de Dustan y a las terribles condiciones de vida en la frontera para justificar el terrible comportamiento de la mujer. También una de las figuras fundamentales del *American Renaissance*, Nathaniel Hawthorne se apropió de esta figura legendaria para vehicular un sentimiento de culpa ligado a una herencia histórica y cultural en “La familia Duston” (*American Magazine of Useful and Entertaining Knowledge* (1836)). En “Jueves” (*A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (1849)), Henry David Thoreau, se sirve de la proeza de esta épica amazona para ilustrar los principios trascendentalistas sobre los usos del pasado y de la mitología. Finalmente, aunque centrándose únicamente en la figura paterna ya desde el mismo título, también el episodio del ataque contra Haverhill inspira el poema de Sarah Josepha Hale “La elección paterna” (*Woman’s Record* (1853))³. En el ámbito de la cultura popular del siglo XX resulta especialmente llamativa la comercialización de objetos basados en los monumentos de Boscawen y Haverhill que conmemoraban la figura y la historia de Hannah Dustan. Tanto las estatuas como la mayoría de estos artículos tenían una misma fuente de inspiración: la escena en la que Dustan asesinaba a sus captores y les arrancaba las cabelleras. Esta elección evidenciaba una manifiesta reivindicación del excepcionalismo estadounidense y una palmaria instrumentalización del relato como vehículo de promoción de valores neocoloniales (Humphreys, 2011: 150). La serie de documentos y productos centrados en la figura de esta controvertida mujer mencionados con anterioridad nos

³ Todas las referencias a estos textos –a excepción del texto de Timothy Dwight– se harán a la edición crítica de Wayne Franklin.

permitirá explorar la evolución de las artimañas retóricas de las que se valió el estamento patriarcal y su ideología imperialista para, mediante la apropiación del cuerpo de esta mujer y de los de las víctimas nativas que su actuación provocó, construir un determinado concepto de nación y promover fórmulas patrióticas claramente basadas en la superioridad masculina y el supremacismo blanco que parecen haber resurgido en la era de Donald Trump.

En su *Rhetorical Drag. Gender Impersonation, Captivity and the Writing of History* (2007) Lorraine Carroll acuñó el concepto de “máscara retórica” para reflexionar sobre los efectos culturales de unas prácticas comunes a lo largo de la historia, aquellas en las que el género masculino se ha apropiado de una subjetividad femenina para controlar las interpretaciones de la historia de los Estados Unidos llevada a cabo por los lectores y ofrecer una revisión de los encuentros interculturales y de género. Así, los relatos de cautivas se utilizaron para vehicular lo que Lauren Berlant ha llamado una “simbología nacional” equiparando el cuerpo de la mujer con las fronteras de la nación (Castiglia, 1996: 9) y conformando una narrativa nacional basada en estereotipos raciales y de género (Schueller, 2003: 18). Y es que como señala Glenda Riley en su estudio sobre mujeres e indios en la frontera, muchos de estos relatos y los dogmatismos por ellos fomentados permitieron al hombre blanco mantener su autoridad sobre ambos colectivos: el estamento patriarcal utilizó las historias de mujeres blancas e indefensas atacadas por despiadados salvajes para justificar el exterminio de la población indígena mientras que la imagen del indio implacable y sediento de sangre sirvió para mantener a las mujeres blancas recluidas en la domesticidad (Castiglia, 1996: 37). La sociedad blanca, patriarcal e imperialista se apropió de las experiencias y voces de estas cautivas para forjar una mitología nacionalista de la frontera que contribuyera a la definición de la identidad norteamericana y la figura de Hannah Dustan y la recreación de su hazaña constituye un claro ejemplo de ello.

A pesar de la aparente objetividad que caracteriza la narración de la hazaña de Dustan en los diarios de John Pike, John Marshall y Samuel Sewall (1697), sus posicionamientos ideológicos se sugieren a nivel discursivo mediante unos determinados usos sintácticos. Aunque la anotación del diario de Pike recoge una simple descripción de los sucesos –de hecho, llama la atención la ausencia de adjetivos que califiquen a los indios o la actuación de la mujer–, la agentividad femenina se

comenta muy sutilmente mientras que la masculina se suaviza claramente al referirse a la contribución de Leonard al asesinato en una locución preposicional parentética: “Dos de estas cautivas, esto es, Dustan y Neff (con otro joven) asesinaron a diez indios, y regresaron a casa con las cabelleras” (115). De modo similar, el uso magistral que de la sintaxis hacen Marshall y Sewall permite narrar el terrible asesinato de Dustan en una proposición subordinada, diluyendo así su importancia y favoreciendo la conceptualización de su protagonista como una heroína puritana.

El profundo conocimiento de la retórica religiosa que Cotton Mather poseía le proporcionó los recursos necesarios para atacar la dominación espiritual de los católicos franceses sobre los indios así como para vehicular su apasionada defensa de la religión como instrumento de salvación en la desigual batalla entre la valerosa Dustan y sus despiadados agresores. El ministro puritano se valió de la tradición y usos de las autobiografías espirituales y de los sermones religiosos para corporeizar estos propósitos ideológicos. Richard Slotkin señala que los puritanos crearon una visión de la historia y de la divinidad en la que los papeles de cautivo, torturador y vengador definían las relaciones existentes entre los propios habitantes de Nueva Inglaterra y entre éstos, los Indios y el mismo Dios (1973: 144). En las autobiografías espirituales, Dios y el diablo se enfrentaban en una encarnizada lucha por el alma del pecador, mientras que en las historias de cautivas, las protagonistas desafiaban, con la ayuda de Dios, a las fuerzas del mal, a las que, finalmente, vencían gracias a la misericordia divina (Vaughan y Clark, 1981: 5). Así, en la narración de Mather, como en muchos de los relatos puritanos iniciales, los indios se perfilan como peones de la providencia, el cautiverio como castigo y la misericordia divina como el instrumento que permitirá a la cautiva conseguir la liberación y alcanzar la redención final.

La estructura formal de “Una hazaña notable” responde claramente a las intenciones didáctico-propagandísticas de su autor. Fue la necesidad de aunar estas dos vertientes la que llevó al clérigo puritano a adoptar la biografía como la forma más adecuada para la presentación de tan terribles acontecimientos, ya que, aunque, por un lado, su intervención como narrador en tercera persona, debilitaba las dimensiones emocionales del texto (*pathos*), su preeminencia social y su autoridad potenciaban la credibilidad de la historia y realizaban la ética del relato (*ethos*). Así, Mather utilizó esta narración como instrumento de reforma

espiritual entre sus feligreses, destacando el carácter providencial del acto final de esta mujer más que su naturaleza violenta, y como herramienta propagandística en favor de la religión como instrumento de salvación y en contra de la raza india y de la fe católica.

En el ámbito puritano, los relatos de cautivos se constituían como elaboradas metáforas religiosas de naturaleza ejemplarizante. En un mundo que concebía la cautividad como un castigo del Todopoderoso y la liberación final como producto de su misericordia, la transformación de los sufrimientos particulares de un individuo en discurso literario los dotaba de un extraordinario interés humano “al abrirse a un discurso compartido e imbricarse en él” (Ebersole, 1995: 6). Por tanto, “al convertir un rapto en narración, la experiencia de un ser individual se une a las experiencias vitales de otros” (ibid.) y esto contribuye al enriquecimiento espiritual del ente particular. No es de extrañar, pues, que la hazaña de Dustan atrajera a Mather tanto como para introducir diversas versiones de su cautiverio en tres libros publicados entre 1697 y 1702. Sin embargo, en todas y cada una de ellas, ensalzaba la figura de esta mujer como el modelo de cautiva, física, intelectual y espiritualmente superior a los indios. Así, esta mujer es elevada a la categoría de heroína nacional en la guerra contra los indios, aunando los papeles fundamentales de madre y luchadora, ya que fue precisamente su deseo de venganza por la muerte de su hijo lo que la empujó a empuñar el arma que segó definitivamente las vidas de los asesinos de su retoño. Sin embargo, a pesar del carácter brutal y mercenario del acto –Dustan recibió cincuenta libras como recompensa por las diez cabelleras de sus víctimas–, el narrador no cuestiona, en ningún momento, la moralidad del mismo sino que destaca su carácter providencial y, mediante la evocación de pasajes del Antiguo Testamento, reitera la intervención divina como determinante en el proceso de superación personal y renovación espiritual de la protagonista.

Durante la etapa revolucionaria, los colonos, viéndose a sí mismos más como “cautivos de un tirano” que como “súbditos de un rey” (Sieminski, 1990: 36) recurrieron al modelo de cautiverio de la época puritana para mostrar su rechazo total y absoluto al sometimiento a la corona británica. Y no solo eso,

al transformar la experiencia del cautiverio en una poderosa metáfora para la revolución [...] al apropiarse de los relatos puritanos o al

adoptar sus convenciones [...] los colonos aprovecharon los poderosos modelos históricos y religiosos asociados a la creación de Nueva Inglaterra y al nacimiento de la nación hebrea. Estos modelos no sólo proporcionaron autoridad a la causa revolucionaria sino también un aire de inevitabilidad (ibid. 52).

Esto explica que en sus *Travels Through America* (1778) Jonathan Carver utilizara la figura de Dustan como un instrumento “para vengar la causa de sus compatriotas” y presentara su hazaña como el resultado de su “intrepidez amazónica” (119), la de aquellas mujeres que, como June Namias señala, se convirtieron en “heroicas figuras de carácter nacional en guerra contra los indios, madres fieras y protectoras e indispensables guerreras” (1993: 36).

Durante el siglo XIX, los norteamericanos de raza blanca volvieron su mirada atrás, hacia su pasado colonial, en un intento de encontrar rasgos definitorios de una identidad nacional ya que, como señaló Ernst Renan en su mítica conferencia de 1882, el heroico pasado de una nación puede poseer mucha más fuerza unificadora que la raza o la lengua a pesar de que ese pasado heroico sea habitualmente una idea imaginada más que una realidad recordada (Brown, 2004: 30). Los relatos de cautiverio les proporcionaron el material necesario para, mediante el enaltecimiento de un pasado histórico, alimentar un sentimiento patriótico fundamental para la creación de la gran nación norteamericana.

Así, por ejemplo, en sus *Travels in New England and New York*, Timothy Dwight, aún consciente de la brutalidad de la acción de Dustan, considera a la mujer como un “modelo de heroísmo fronterizo” (Carroll, 2007: 78) y la convierte en un referente para la incipiente nación. Este historiador no duda en justificar esta actuación “aplaudida por los jueces y las autoridades religiosas de la época” (1821: 3) ya que “la esposa que ha visto arder su casa, morir a un hijo al ser golpeado contra un árbol y asesinar a sus compañeros” (ibid.), no puede sino responder de la misma manera. Dwight inaugura de este modo una tendencia común a las recreaciones de la gesta de Dustan que se producen a lo largo del siglo XIX, aquella que intenta atemperar la indianización de su protagonista. Para la mayoría de los autores de este período, el violento escenario de la frontera justificaba la asimilación de los modelos de actuación indígenas, una idea en la que parecían estar de acuerdo no sólo el estamento patriarcal y “civilizado” sino también los propios nativos.

En este sentido, Kathryn Whitford señala que, a pesar de que se trataba de una práctica bastante común, Hannah Dustan jamás fue objeto de venganza de los indígenas, quizás porque estos vieron en la mujer a alguien que abordaba los enfrentamientos fronterizos con el mismo espíritu que ellos, alguien por quien, por tanto, eran incapaces de mostrar el más mínimo resentimiento (1972: 324-5)⁴.

Lejos del historicismo racionalista que había alimentado la recreación de la legendaria figura de Dustan en la carta de Timothy Dwight, John Greenleaf Whittier, Nathaniel Hawthorne y Henry David Thoreau harán uso de la estética romántica para centrarse con detenimiento en lo que de transgresión de los roles tradicionalmente reservados al género femenino y a la raza blanca supuso la acción de la heroína puritana.

Aunque inicialmente John Greenleaf Whittier en su relato “La venganza de una madre” (1831) parece recurrir a la maternidad de Dustan –a quien califica como “madre vengadora actuando *in extremis*” (De-rounian-Stodola & Levernier, 1993: 137)– para justificar tan terrible acción, sin embargo, una lectura atenta del texto evidencia que su autor tampoco se muestra ajeno al heroico papel desempeñado por esta mujer en la creación de un territorio nacional. A pesar de atribuir al género femenino rasgos tales como “un cariño dócil”, “una fervorosa piedad” o “una generosa comprensión”, de “un carácter más suave y puro” (120) que aquellos que caracterizan al género masculino, el narrador no olvida, sin embargo, que estas mujeres compartieron “los peligros y la osadía” de un período vivido por sus antepasados, una etapa en la que era muy frecuente para ellas tener que “defender su morada durante la ausencia del marido y mantener a raya a los fieros salvajes en su sed de sangre” (ibid.). Es por esto que se refiere a “las asombrosas manifestaciones de poder y fortaleza femeninas en los momentos más duros y sombríos en que se ha puesto a prueba al género humano”, las califica como “manifestaciones de un coraje que casi alcanza lo más sublime” (ibid.) y se refiere a los relatos de cautivas como “el legado sagrado del coraje sublime y la oscura superstición de nuestros antepasados”, enfatizando así mucho más que la condición femenina de Dustan su categoría como representante “de esa severa raza, que ha desaparecido

⁴ Para los indios, a diferencia de la sociedad blanca, la lengua, un comportamiento socialmente adecuado y la lealtad, más que el color de la piel, resultaban factores determinantes a la hora de integrar individuos en su comunidad.

para siempre” (122), la de aquellos colonos puritanos que, con su actitud, fraguaron el futuro de la nación norteamericana.

En 1836, con la publicación de “La familia Duston” de Nathaniel Hawthorne, encontramos la primera referencia negativa de un artista a este mito cultural, la voz inaugural de una tendencia que se pronuncia en contra de la consideración de Dustan como una heroína nacional y que la sitúa tanto literal como metafóricamente fuera de los límites del comportamiento socialmente admitido como femenino (Carroll, 2007: 90). Nos encontramos ante un “monstruo colonial” cometiendo atrocidades propias de los indómitos salvajes. Hawthorne subraya de la siguiente manera su papel como asesina de indios –incluso de niños indios:

Pero, ¡oh, los niños! Sus pieles son rojas pero, aun así, perdónales la vida, Hannah Dustan, perdona las vidas de esos siete pequeños, en nombre de los siete que tú has amamantado. ‘¡Siete!’ dijo para sí la señora Duston. ‘He dado a luz a ocho niños – y ¡dónde están los siete y dónde está el octavo! Ese pensamiento tensó su brazo y los niños cobrizos durmieron el mismo sueño mortal que sus madres indias [...] ¡La fiera tigresa! Hay escasas posibilidades de salvación para un pielroja cuando Hannah Dustan se enfurece (126).

La postura crítica de Hawthorne con respecto a esta “amazona” se evidencia claramente en los términos utilizados a la hora de presentarla –“la vieja bruja sangrienta”– así como en sus deseos de verla “hundida cabeza abajo en un cenagal, y allí enterrada hasta el día del Juicio Final en que sea emplazada para enfrentarse a sus víctimas” o “perdida en el bosque y muerta de hambre, para no ver jamás otra cosa más que su cadáver, con las diez cabelleras enrolladas a su alrededor como un cinturón” (126).

Mediante la presentación de una narración polarizada entre la esposa vengadora y el benevolente cónyuge, entre “la fiera tigresa” (126) y “su marido, pálido y sin aliento” (123), Hawthorne enfatiza el antagonismo de sus caracteres y reescribe la historia de Dustan como “una fábula de ascendencia patriarcal” (Carroll, 2007: 91) al vehicular una áspera diatriba contra esta transgresora mujer que, con su actuación, cuestionó las rígidas jerarquías de la ortodoxia puritana –“jerarquías basadas en binarismos fuertemente establecidos (blanco/indio, sociedad/naturaleza, hombre/mujer, divino/malvado)” (Castiglia, 1996: 48)– y amenazó

los pilares fundamentales sobre los que descansaba una idea de nación basada en una estructura blanca y patriarcal: “Esta horrible mujer y ese hombre tierno, pero valiente, su esposo, serán recordados mientras las familias de Nueva Inglaterra se reúnan en torno a la chimenea para contar las hazañas del pasado” (126). Como señala Arner, en las líneas finales Hawthorne muestra su desaprobación por la figura de la mujer pero consigue un cierto distanciamiento al fusionar su voz con la de la opinión pública (1973: 21), una voz que veía en la excepcional actuación de Dustan un violento ataque contra los discursos filosóficos y sociales contemporáneos que destinaban a las figuras masculinas a la esfera pública y relegaban a las figuras femeninas al ámbito de lo privado, a un universo de domesticidad tradicionalmente definido por los valores de pasividad y sensibilidad.

Para Richard Slotkin, el mito es el lenguaje en que una sociedad recuerda su historia (Faery, 1999: 15) y es precisamente esta consideración la que parece haber alimentado la recreación de la hazaña de Dustan en *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (1849). Cuando Henry David Thoreau reescribió este legendario episodio lo hizo “como si fuera exclusivamente el producto de una tradición oral, parte de la consciencia de Nueva Inglaterra” (Arner, 1973: 22): “Todas las hojas marchitas que quedan tras el invierno parecen conocer su historia, y en sus crujidos, la repiten, traicionándolos” (128). La naturaleza salvaje se perfila como el jardín del Edén donde enaltecer los valores y creencias de una sociedad indígena ya que aunque “para el hombre blanco el bosque primitivo aparece lúgubre y sombrío; para el indio representa un hogar, adaptado a su carácter, y alegre como la sonrisa del Gran Espíritu” (128). Lejos de destacar la transgresora actuación de su protagonista, Thoreau se centra en el marco incomparable de la naturaleza en que se desarrolla la gesta. Sin embargo, en este espacio adámico también existe un elemento perturbador: el manzano contra el que los nativos estampan al bebé de Dustan. Y no sólo eso, en las líneas finales del texto, el autor se refiere de nuevo a este árbol frutal al reunir a toda la familia tras el cautiverio de la mujer, “[a] todos excepto [a]l niño cuyos sesos se esparcieron por el manzano” y recuerda que “ha habido muchos que recientemente han vivido para afirmar haber comido del *fruto de ese manzano*” (128). Mediante esta última evocación de la fruta prohibida Thoreau dota al relato de claras reminiscencias bíblicas

y reactiva el mito creacional de Hannah Dustan como “Eva”, como la madre de la nación norteamericana.

Así mismo, la presentación de la figura paterna como un héroe no violento en el poema de Sarah Josepha Hale permite a su autora minimizar la figura de madre vengadora de Dustan y subrayar el papel del marido como el único y verdadero artífice de la salvación de su descendencia. La práctica desaparición de la figura femenina en este poema permite evidenciar la preocupación por lo que de indianización, de amalgama identificativa con las actuaciones nativas significaba la actuación de la figura femenina.

Finalmente, ya en el siglo XX, la comercialización de productos relacionados con la figura de Hannah Dustan permite entender el lugar destacado que esta mujer ocupa en la historia literaria y cultural del país y reflexionar sobre el significado social e ideológico de los mismos ya que, siguiendo las argumentaciones de Bill Brown en su teoría de la co-sística, utilizamos los objetos, entre otras cosas, para crear significado, organizar nuestros deseos y preocupaciones, canalizar nuestros miedos y dar forma a nuestras fantasías (2003: 4).

El origen de estos objetos se encuentra en las dos estatuas de Dustan erigidas, a finales del siglo XIX, en New Hampshire y Massachusetts. Autores como Kirk Savage, han destacado el papel de este tipo de monumentos como mapas visuales de valores culturales e ideales (Humphreys, 2011: 163): “[los monumentos] funcionaban precisamente porque compendaban cuestiones relacionadas con la vida y la muerte (lo que significaba vivir y morir para una comunidad y para una nación) del modo más banal y menos conflictivo posible” (Savage, 1997: 211). En ambos casos, las estatuas de Boscawen y Haverhill convertían a la figura de esta mujer en símbolo nacional. La extrema violencia ejercida por Dustan sobre los nativos únicamente se justificaba como un deber patriótico en el marco de la creación de un nuevo marco territorial.

Esta conceptualización se extendió rápidamente a los productos resultantes de operaciones de marketing deseosas de rentabilizar la memoria histórica. Entre ellos cabe destacar un catálogo de la Compañía de zapatos Hannah Duston y un decantador de whisky. Los responsables del catálogo, publicado en 1907, se dirigían, mayoritariamente, a las mujeres y las animaban a comprarse estos zapatos ya que caminar con un modelo de esta marca las equiparaba a “esta extraordinaria mujer [...] recuerdo de esta y de futuras generaciones” (citado en Humphreys,

2011: 168). En un intento de racionalizar el asesinato de hombres, mujeres y niños indios a manos de esta mujer blanca y convertir el suceso en aceptable para una comunidad que ya había olvidado los episodios más cruentos de la conquista del Oeste, los responsables de esta publicación recurrían a los relatos de Cotton Mather y de Timothy Dwight en los que se narraban las atrocidades cometidas por los nativos contra los colonizadores blancos, destacando aquellas perpetradas sobre los considerados más débiles, mujeres y niños. Así, la terrible actuación de Dustan se consideraba como una acción necesaria en un contexto de constante amenaza del espacio nacional (Humphreys, 2011: 169).

Especial atención merece, por sus connotaciones simbólicas, el decantador de whisky. Calificada por Bill Brown como de “agente neocolonial” (2003: 4), esta botella conmemorativa fue distribuida por Jim Beam en 1973, y constituyó uno de los ejemplos más representativos de la persistencia de las desigualdades raciales y sociales que aún hoy en día continúan definiendo las relaciones entre la sociedad blanca y las comunidades nativas. En 1964, el Congreso de los Estados Unidos reconoció el bourbon como producto característico del país. De la combinación de la escultura de Dustan y el licor nacional resulta pues un producto extraordinariamente patriótico: “El cuerpo de Dustan [...] genera espíritu patriótico, diseminando los valores del imperialismo estadounidense a través de la distribución de su cuerpo” (Humphreys, 2011: 172). Así, “el decantador permite a su propietario, metafórica y literalmente, ingerir el espíritu de la nación” (ibid.)⁵. Lo que resulta extremadamente significativo, además, es que el diseño de la botella recuerde en gran manera la instrumentalización puritana del cuerpo femenino ya que, para abrir el recipiente, es necesario retirar el busto de Dustan. Otro elemento que contribuye a reforzar aún más el decantador como agente neocolonial es el de la ausencia de los indígenas en el mismo. Si el pedestal de la estatua de Haverhill contenía imágenes de las víctimas de Dustan, la base de la botella reproduce únicamente su nombre y se refiere a ella como heroína, eliminando totalmente la figura de sus captores. Este tipo de recuerdos se distribuyó durante los años setenta del siglo pasado como respuesta a los movimientos indigenistas que denunciaban el genocidio por ellos experimentado a lo largo de la

⁵ En el original, “the spirit of the nation”. El término *spirit* se utiliza en inglés tanto para referirse al espíritu, como a un licor.

historia y ejemplifica la persistencia del espíritu colonial y la doctrina excepcionalista, omnipresente en la historia estadounidense.

A diferencia del tradicional modelo narrativo que articulaba los relatos de cautiverio, Hannah Dustan jamás escribió su propia historia. No fue hasta 1929, año en que se descubrió en un subterráneo de la iglesia de Haverhill, una carta que Dustan dirigió a la congregación religiosa de su comunidad en 1724 –veintisiete años después de su hazaña– cuando se pudo acceder al único testimonio personal de esta extraordinaria mujer. En él se refería al episodio de su cautiverio como el más “reconfortante” de su existencia en la medida en que le sirvió para afianzar su fe. Durante los casi más de dos siglos en que

este documento permaneció oculto y olvidado, la esfera patriarcal y blanca se apropió de la figura y de la voz de Hannah Dustan para vehicular un proyecto historiográfico estructurado en torno a un modelo cultural hegemónico basado en la preeminencia de la raza blanca sobre la india y del género masculino sobre el femenino. Las múltiples versiones de su experiencia evidencian cómo los mitos nacionales femeninos se pusieron al servicio de una retórica política que justificó la colonización y el expansionismo norteamericanos y que contribuyó a determinar los principales rasgos caracterizadores de una identidad nacional.

El relato de la hazaña de Hannah Dustan ha fascinado y cautivado al público estadounidense desde 1697 porque como señala Wayne Franklin éste supone una inversión radical del ortodoxo diagrama de los relatos de cautiverio en el ámbito de la cultura norteamericana (1997: 112). Aunque Cotton Mather utilizó la narración de los tormentos y agonías de Hannah Dustan como vehículo de instrucción moral e introspección personal en perfecta consonancia con el estereotipo puritano que presentaba a las cautivas de los indios como mujeres sumisas a la espera



Fig. 3. Decantador de bourbon Jim Beam que utiliza la figura de Hannah Dustan. Producida en 1973.

del rescate proporcionado por los blancos, sin embargo, también es cierto que su presentación como una valerosa fêmea capaz de acometer su propia liberación transgredió no sólo las leyes que regulaban comportamientos tradicionalmente reservados para el género femenino sino también comportamientos considerados como socialmente aceptables para la raza blanca. Así pues, aunque Hannah Dustan emerge de la narración de Mather como una heroína legendaria y como un pilar fundamental en la épica de la construcción de la nación norteamericana, su figura será glosada también como una amenaza al mito fundacional de la expansión territorial, aquel que residía en una idea de nación erigida en torno a una identidad blanca y masculina. En radical oposición a la independencia y agentividad que parece caracterizar a las mujeres de la época revolucionaria, la recreación del episodio de Dustan experimenta el proceso inverso, condenando los aspectos que se habían admirado en los períodos anteriores. Las versiones del mito de Dustan vehiculadas por los escritos de Dwight, Carver y Whittier inician una tradición que comienza a cuestionar la heroicidad de la actuación de la mujer y a vehicular una visión de la historia que admite la existencia de un heroico pasado forjado en torno a actuaciones brutales y moralmente repugnantes. Otros, como Nathaniel Hawthorne o Henry David Thoreau, optaron por una ficcionalización de los acontecimientos y por su conversión en un romance histórico (Derounian, 1998: 57) en un intento de relacionar pasado y presente, mito e historia. Finalmente, la persistencia de esta figura en el ámbito de la cultura popular más reciente únicamente se entiende por su personificación de valores coloniales y neocoloniales claramente relacionados con la identidad norteamericana y el supremacismo blanco que siguen teniendo plena vigencia en la América de Donald Trump.

Desde sus inicios, la nación norteamericana ha utilizado el cuerpo femenino como representación de los valores nacionales y, en los conflictos bélicos, se ha presentado a sí misma como la inocente madre-diosa de la libertad enfrentándose a sus salvajes enemigos. Esto explica que, más de cien años después del espantoso acto protagonizado por Hannah Dustan, esta se convirtiera en un icono de la cultura popular y su hazaña fuera catalogada por muchos de sus conciudadanos como de heroísmo patriótico.

El 26 de junio de 2019, Michael de Adder, autor de viñetas cómicas de corte político, publicó en su cuenta de Twitter una caricatura del actual presidente de los Estados Unidos que le valió el despido. El autor

utilizó el trágico fallecimiento de un padre y de su hija al intentar alcanzar los Estados Unidos, cruzando el río Bravo, para censurar a Trump y su política migratoria. Así, en lugar de situar los dos cadáveres junto al río, estos aparecían en el estanque de un campo de golf y Trump, inalterable ante tamaña desventura, se dirigía a ellos en los siguientes términos: “¿Les molesta si paso?”. Como ocurrió con el cuerpo y la historia de Hannah Dustan y de sus víctimas, el poder patriarcal y blanco de la considerada nación más poderosa del mundo continúa aún hoy en día vehiculando un relato que justifica la violencia en nombre de la patria, el colonialismo y la superioridad cultural y sacrificando a todos aquellos que se atreven a denunciar tales hechos.

En la actualidad sorprende observar cómo, a pesar de su carácter remoto, la controversia entre la consideración de Hannah Dustan como heroína o como villana sigue suscitando debates y enfrentamientos, algunos de ellos materializados en los incívicos ataques de los que han sido objeto sus estatuas. Así, mientras que la de Boscawen aparece, a menudo, cubierta de grafitis, la de Haverhill, perdió la nariz a consecuencia de un disparo. Mientras que unos defienden la demolición de las dos efigies, otros proponen utilizar el legado de Hannah Dustan como un instrumento de reflexión sobre cómo los errores del pasado deberían ayudarnos a mejorar nuestro presente. Sirvan pues estas líneas para iniciar un proceso de introspección sobre cómo los muertos se constituyen como agentes activos de la historia (Lacqueur, 2015: 18) y cómo sus cuerpos contribuyen a crear “a community of memory” (Lacqueur, 2015: 22).

Bibliografía

- Arner, Robert E. 1973. The Story of Hannah Duston: Cotton Mather to Thoreau. *American Transcendental Quarterly* 18: 19-23.
- Brown, Bill. 2003. *A Sense of Things: The Object Matter of American Literature*. Chicago: University of Chicago Press.
- Brown, Harry J. 2004. *Injun Joe's Ghost. The Indian Mixed-Blood in American Writing*. Columbia: University of Missouri Press.
- Carroll, Lorraine. 2007. *Rhetorical Drag. Gender Impersonation, Captivity and the Writing of History*. Kent, Ohio: The Kent State University Press.
- Castiglia, Christopher. 1996. *Bound and Determined: Captivity, Culture-Crossing, and White Womanhood from Mary Rowlandson to Patty Hearst*. Chicago: University of Chicago Press.

- Cutter, Barbara. 2008. The Female Indian Killer: Memorialized. Hannah Duston and the Nineteenth-Century Feminization of American Violence. *Journal of Women's History* 20(2): 10-33.
- Derounian-Stodola, Kathryn Z. & James A. Levernier. 1993. *The Indian Captivity Narrative, 1550-1900*. Nueva York: Twayne.
- Derounian-Stodola, Kathryn Z. 1998. *Women's Indian Captivity Narratives*. Londres: Penguin.
- Dwight, Timothy. 1821. The Thomas and Hannah Dustin Story, from Letter XXXIX. *Travels in New England and New York (1821-22)*. <http://www.hawthorneinsalem.org/page/11867>.
- Ebersole, Gary L. 1995. *Captured by Texts. Puritan to Post-Modern Images of Indian Captivity*. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Faery, Rebeca B. 1999. *Cartographies of Desire. Captivity, Race and Sex in the Shaping of the American Nation*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Franklin, Wayne (ed.). 1997. The Bloody Escape of Hannah Dustan: A Cultural Reader. *American Voices, American Lives. A Documentary Reader*. Nueva York: Norton, 109-130.
- Hesford, Walter. 1977. "Incessant Tragedies": A Reading of *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*. *ELH* 44(3): 515-525.
- Humphreys, Sara. 2011. The Mass Marketing of the Colonial Captive Hannah Duston. *Canadian Revue of American Studies/Revue canadienne d'études américaines* 41(2): 149-178.
- Lacqueur, Thomas W. 2015. *The Work of the Dead*. Princeton: Princeton University Press.
- Schueller, Malini J. & Edward Watts (eds.). 2003. *Messy Beginnings. Postcoloniality and Early American Studies*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Sieminski, Greg. 1990. The Puritan Captivity Narrative and the Politics of the American Revolution. *American Quarterly* 42: 35-56.
- Toulouse, Teresa A. 2007. *The Captive's Position. Female Narrative, Male Identity, and Royal Authority in Colonial New England*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Vaughan, Alden T. & Edward W. Clark (eds.). 1981. *Puritans among the Indians. Accounts of Captivity and Redemption 1676-1724*. Nueva York: Garland.
- Whitford, Kathryn. 1972. Hannah Dustin: The Judgement of History. *Essex Institute Historical Collections* CVIII(4): 304-325.